
El Hombre Pájaro

José Fernández Bremón

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8329

Título: El Hombre Pájaro
Autor: José Fernández Bremón
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 18 de julio de 2024
Fecha de modificación: 18 de julio de 2024

Edita textos.info

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Hombre Pájaro

Caen ministerios; se elevan sobre sus ruinas otros partidos; suceden catástrofes o se realizan hechos gloriosos; y apenas se entera de ellos don Rufo, que sólo tiene con los hombres el trato indispensable para la vida. Su pasión, su interés y sus aficiones están muy altos. Si le veis cruzar las calles con la cabeza muy erguida, no le creáis orgulloso; es que examina el horizonte: si le encontráis mirando los balcones de las casas, no os figuréis que mira a las muchachas; es que pasa revista a las jaulas colgadas en los balcones: ¡oh!, si tuviera alas para poder reunirse con los suyos; los suyos, es decir, los seres que le encantan y con quienes viviría eternamente, son los pájaros.

Habla en vez de trinar, porque también hablan las cotorras y los loros; prefiere al canto de un gran tenor el de un jilguero, y cambiaría sus dos brazos por dos alas de aguilucho.

—¿Dónde vive usted? —le preguntamos un día, y respondió humildemente:

—Tengo mi nido en la plaza de Santa Ana.

—¿Su nido?

—Es tan pequeña mi habitación que se puede decir que vivo en una jaula.

Si entra a cortarse el pelo, cuando le pregunta el oficial si le deja el tupé que lleva siempre, contesta con rapidez:

—Sí; no me corte usted la crestecita.

Llama al comedor de su casa el comedero.

Un día le oí decir a su criada:

—Es preciso que cuando yo la llame a usted, venga en un vuelo.

—Pues ni que fuera yo una alondra.

—A ver si cierra usted el pico, porque va usted tomando conmigo muchas alas.

Aunque es susceptible, no se enfada porque le llamen buitre, pavo, ni marica.

Sólo se trata con escritores por ser gente de pluma.

Una sola vez le han oído echar un requiebro, diciendo a un ama de cría:

—¡Vaya una pechuga!

Ha tenido en su vida tres grandes disgustos: el primero lo causó la desaparición de la cigüeña; el segundo una pérdida en el juego; todos le vieron salir del garito trastornado y aleteando.

—¿Qué tiene usted? —le preguntaron sus amigos.

—¿Qué he de tener? —contestó como quien se quejase de haber sido desollado vivo—. ¿Qué he de tener? ¡Me han desplumado!

El tercer disgusto fue la muerte de un revendedor de billetes muy amigo suyo. Ya le recordaréis, el Pájaro.

Es muy sensible y se le saltan las lágrimas cuando oye cantar:

Volverán las oscuras golondrinas...

Y echa de menos la perdida juventud: aquel tiempo feliz en que era un pollo.

Le parece una mala acción comerse un huevo: es producir el aborto de un ave.

No le satisface, por pesado, el servicio de ninguna mesa.

—Desengañémonos —exclama—: sólo ha habido en el mundo una persona bien servida.

—¿Quién?

—Elías: que fue alimentado por los cuervos. Es el único hombre a quien le han servido la comida volando.

Simpatiza con la cremación de los cadáveres, y dice defendiéndola:

—La carne muerta debe ir al asador. ¿Es mejor la nuestra que la de los pavos y gallinas?

Leyó en un libro antiguo que una hechicera ponía huevos, y exclamó entusiasmado:

—Yo me hubiera casado con esa pajarraca. No me caso, porque todas las mujeres que conozco son vivíparas.

Cree que la Naturaleza ha sido injusta con él, y anacrónica sobre todo, haciéndole nacer en este siglo.

—Debió retardar mi nacimiento —exclama don Rufo— hasta que el hombre vuele. El hombre será criatura imperfecta mientras no domine los aires. Primero se apoderó de la tierra, luego de las aguas, haciéndose marino, y, por último, vendrá el hombre pájaro. Yo pertenezco por mis instintos, a esa edad futura y nací para pasearme en bandadas por la atmósfera. Día vendrá en que los elegantes se paseen por el aire en una cometa tirada por halcones, y los viejos tomen el sol por encima de los nublados, o los barrenderos aéreos barran las nubes como hacen hoy con el polvo de las calles, y los enfermos suban a tomar baños de vapor en las alturas,

y las gentes envíen sus botijos a refrescar en los cúmulos de granizo cuando se prepare una tormenta.

Don Rufo es desgraciado: de naturaleza volátil, carece de alas, plumas, pico, caparazón, buche y cañones. ¿De qué le sirve usar trajes de mahón en el verano, si no tiene sino los colores del canario? ¿De qué le sirve comprar una paloma hembra, si ésta le huye cada vez que le quiere decir paloma mía? Si viviera a lo menos en aquellos tiempos en que los encantadores convertían a una persona en ave y la echaban a volar...

Ayer soñó que le habían convertido en codorniz y que pasaba un verano delicioso debajo de los trigos y levantando el vuelo a su sabor.

—¡Qué despertar tan triste!

—¡Cómo! ¿Siente usted no ser codorniz? ¡Estar expuesto a que le cazasen con reclamo!

—Prefiero, a que me lleven en un coche de la funeraria, morir de un tiro, siendo codorniz, y que me sirvan asado en el restaurante sobre una rebanada de pan frito.

José Fernández Bremón



José Fernández Bremón (Gerona, 1839-Madrid, 1910) fue un escritor, periodista y dramaturgo español.

Huérfano de padre y madre desde muy niño, vivió en Madrid desde los tres años educado y criado por su tío José María, quien le inició en el mundillo literario. Emigró a Cuba y México, donde habría hecho fortuna por su laboriosidad y talento natural de no haber deseado ardientemente volver a

su patria; ya en ella fue colaborador de El Globo, El Bazar (1874-1875), Blanco y Negro (1891 -1892), El Liberal, El Diario del Pueblo y Nuevo Mundo; fue redactor de La España, que luego dirigió, así como de La Época y La Ilustración Española y Americana; en esta última publicaba una "Crónica general" a la semana comentando los sucesos de actualidad con sátira ligera e ingenio, pero siempre sin decir las cosas a las claras. Denunció, por ejemplo, el interés de las potencias occidentales en ocultar los desmanes y crueldades de Turquía en Bulgaria. Ironizó también la habitual treta de valorar más las apariencias que las esencias en poemas como "Dar liebre por gato" y otras veces descubrió plagios literarios. Otros poemas suyos fueron recogidos en El libro de la Caridad (1879), según Cossío.

Afiliado siempre al Partido Conservador, fue un periodista con gracia particular, oportuno en la anécdota y la broma. Su escepticismo aparente era más bien benevolencia tolerante. Asiduo de la tertulia de María de la Peña, baronesa de las Cortes, sostuvo con Leopoldo Alas "Clarín" una sonada polémica en 1879 que abarcó más de veinte años; Clarín le achacó la culpa de la estruendosa silba que acogió su drama Teresa y le llamó "el Himeto de la crítica en cuanto a dulzura"; por eso fue blanco predilecto de sus Paliques junto a autores como Peregrín García Cadena. Bremón correspondió atacándole cuando vino a dar una conferencia al Ateneo de Madrid en 1886 y en otras ocasiones. Sin embargo, habían sido amigos y ambos se apreciaban como escritores.

Sus Cuentos (1879) fueron muy apreciados y han sido recientemente reimpresos (Un crimen científico y otros cuentos, Madrid: Lengua de Trapo, 2008). En plena época del Realismo, le interesa la fantasía per se y presagia la literatura de ciencia-ficción o ficción científica no ocasionalmente, sino en dos de sus cuentos, "Un crimen científico" (1875) y "M. Dansant, médico aerópata" (1879), que son los mejores de este género en la España del XIX; el primero narra los experimentos de un médico para hacer ver a los ciegos, con marcado aire gótico; el segundo cuenta un

rentable timo. En otros imita lo mejor de Charles Dickens. Otras narraciones son Siete historias en una: cuento (Madrid: Imprenta y Estereotipia de El Liberal, 1885) y Gestas o El idioma de los monos (Coruña, 1883). Al teatro lleva un fino humorismo sentimental que no llega nunca a caer en la sensiblería, a pesar de que no llegó a tener éxito con su producción dramática, en la que destacan obras como Dos hijos, Lo que no ve la justicia, Pasión de viejo, El espantajo (1894), Pasión ciega, Los espíritus, El elixir de la vida y La estrella roja (1890). Jordi Jové encuadra su postura filosófica dentro del positivismo comtiano en boga en la época.